



Bs As abril de 2017

*Eje: Políticas Públicas de Lectura en Argentina. Ponencia: "Una mirada hacia el interior de las instituciones de encierro"*

**Mg. Gabriela Salvini**

En su obra "Historias de lectura"- trayectorias de vida y de lectura-, más precisamente en el capítulo referido a las cárceles, Michel Peroní (sociólogo francés de la cultura), relata que, en una prisión francesa, el preso más viejo, analfabeto puro, es el bibliotecario y principal mediador de lectura. Narra, también, a través de diversas entrevistas realizadas a los internos, cómo muchos de ellos comenzaron a leer para "aguantar" la soledad del encierro, incluso, cuenta, como unos cuantos de ellos , a partir de estas lectura "por placer"(?) decidieron retomar o finalizar sus estudios.

A muchos kilómetros de distancia, aquí, en la provincia de Bs As , en la Villa La Cárcova, lindera con la UP 48 de José León Suárez, una niña que repite sistemáticamente tercer grado, pues sus maestras la consideran analfabeta funcional, asiste periódicamente al taller de escritura que se dicta en la biblioteca Popular, y : escribe poesía.

En cientos de hogares que no han tenido, ni tienen, ni tendrán libros o acceso a ellos, muchos niños aprenden las primeras palabras leyendo etiquetas de productos, o palabras en publicidades. Muchos aprenden los números, mirando el colectivo para ir a la escuela, otros, porque conocen la monedas y billetes de escaso valor que, desde temprana edad, aprendieron a pedir en los semáforos, en el tren o en el subte.

Aun, en la ficción personajes como Belisa Crepusculario (del maravilloso libro, Los cuentos de Eva Luna, de Isabel Allende) aprende a leer, cuando, burlando el hambre , el cansancio y el frío, se detiene a mirar un pedazo de periódico que el viento marino arrastra hasta sus pies descalzos, y descubre que la escritura pueda salvarle la vida, en tanto mercancía y herramienta de trabajo.

Una mujer de mediana edad, se conmueve hasta las lágrimas ante un cuadro abstracto de Kandinsky y, sin saber por qué (pues jamás estudió arte, ni recorrió los museos del mundo), será para siempre "su pintor favorito".

¿Cuántos de nosotros, aquí presentes, no nos conmovimos alguna vez, por una melodía, un perfume, o un simple gesto de un desconocido, que nos trae al pasar, el recuerdo un ser querido ausente desde hace mucho tiempo?...

El mundo que nos rodea, se lee. Leemos gestos, imágenes, colores, silencios. Pero, no se lee de cualquier modo. La lectura, como todos nosotros, es parte de una construcción social, y la manera en la que interpretamos el mundo es de una subjetividad, primero individual y luego, compartida. Cuando leemos, lo hacemos condicionados, orientados, influenciados por el medio social en el que, como sujetos, fuimos formados: primero el entorno familiar, barrial, y luego, la escuela.

Sin embargo, quiénes hemos recorrido las prisiones, sabemos que gran parte de la población carcelaria es analfabeta o analfabeta funcional, y que, han tenido historias escolares precarias o inexistentes. Que aun estando detenidos muchos años, la práctica de la lectura, de la escritura y del estudio se tornan tareas complejas, cuando no imposibles, por la problemáticas que atraviesan las vidas de quiénes están privados de la libertad (traslados permanentes, hacinamiento, peleas en los pabellones, ausencia de bibliotecas, depresión etc) Y que, mucho antes de perder la condición de “libres”, la mayoría de estos sujetos fueron niños y jóvenes provenientes de los lugares más complejos de nuestra sociedad (los “no lugares”, como los denomina Levi Strauss, o “cárceles de cielo abierto”, “guetos” según otros autores nacionales), donde la ausencia de redes afectivas de contención y de políticas estatales que pongan a salvo la integridad de estos (ayer niños), hoy adultos, hacen que la tarea de pensar leer y escribir tal y como lo exige la nuestra, una cultura letrada, sea mucho más difícil problemática, y profunda que el simple hecho de dar un taller de escritura o de garantizar el funcionamiento de una biblioteca.

Pero, entonces, ¿por qué y para qué leer y escribir en contextos tan complejos como la cárcel. En estos contextos de tanta densidad no podemos afirmar, o dar fé de frases tan trilladas como superficiales, tales como: “leer lo hace libres” o “escribir te evade a partir del uso de la imaginación”, como cuando docentes o actores externos sabemos, que, al finalizar una jornada de trabajo de dos o cuatro horas, nos retiramos, mientras hay un “otro” que pasarán allí horas, días, meses y años.

Creemos, que la lectura y la escritura en la cárcel, cumple con otra tarea, cuando es encarada como una política educativa y como un proceso lento y sensible. Que logra cambios en el propio sujeto y modificaciones en su entorno.

Sin embargo, para leer textos y para tener una lectura del mundo violento que los rodea, para reconocer, recorrer y reflexionar sobre su propia historia de vida, es necesario un lector reflexivo, que pueda estar conectado con su interior y con el “afuera” por más adverso que este se presente.

Sabemos, a partir de diversas experiencias, que la práctica de lectura, de las lecturas (de literatura, de cine, de pintura, de música etc), unas prácticas de lectura, primero individuales y luego, grupales, generan espacios donde las lógicas violentas, las del mercado, las del consumo, las de la cultura de lo efímero, no tienen margen, no operan. Quedan por fuera. Y es entonces, donde empiezan a generarse intersticios por donde trabajar, colar, instalar, la posibilidad de que ese “otro” se reconozca como lo que es, y no como lo que le dicen que es (delincuente, preso, tumbero, gil, ...) sino como un sujeto capaz de repensar su pasado y su presente y, por tanto, un futuro diferente.

Habrà, también, otras lecturas más privadas que constituyen sanos espacios de soledad y que como tales deben ser respetados: las cartas de amor, las cartas familiares etc. Sabiendo que, aún así en esos lapsos en que la lectura y la escritura serán silenciosas y no “públicas”, habrá un escritor, y un lector que se está formando.

Serán necesarios, además, docentes lectores, bibliotecarios y otros estudiantes o pares que cumplan el rol de mediadores de lectura y escritura. Que ayuden a recorrer ese camino desconocido para quiénes nunca ingresaron a una biblioteca, tuvieron libros al alcance de su mano, o nunca transitaron la escuela.

Políticas institucionales que acompañen estos procesos de aprendizaje y construcción de una nueva subjetividad, dando continuidad y sosteniendo desde todos los lugares de donde sea necesario.

Las bibliotecas, los libros, los lectores y los escritores están “vivos” en los peores escenarios: en la quema, en el basural, en la guerra, en la pos guerra, en los campos de refugiados, en la cárcel, en los hospitales, y lo están porque hay algo de esa práctica que necesitamos para sentirnos “a salvo” de tanta oscuridad, cuando la condición humana pareciera incapaz de restablecer lazos solidarios y convivencias que rescatan la belleza en medio del horror.

No estamos diciendo que leer y escribir salvarán al mundo, ni que lo hará de un día para el otro. Pero, sí (parafraseando a Jerome Bruner) nos ayuda a comenzar a preguntarnos si el mundo, en verdad, debiera ser así.

Gabriela Salvini